

AUGURIO

Anoche Yoko soñó con su difunto marido. El sueño transcurrió así: avanzaba hacia Satokichi y cuando se aproximaba, él se volvió hacia ella, le mostró un rostro hosco y continuó caminando despacio, pero a zancadas, al borde de la piscina. ¿Por qué puso esa cara? Paralizada por ese gesto, Yoko se quedó allí inmóvil.

La vida en común de ambos había sido breve. Su matrimonio había durado tres años. En ese tiempo Satokichi nunca había mostrado un rostro irracional semejante al del sueño. Ese gesto sombrío que emanaba de la cara de Satokichi se introdujo en el corazón de Yoko y la contagió con su grisura. Por momentos, esa sensación fue creciendo en su interior hasta hacerse real. En la orilla de la piscina, donde todo brillaba con una luz demasiado intensa, se había extendido una sombra tétrica. En el hotel, construido al borde del mar, había una luminosidad excesiva; su resplandor caía del cielo y emergía del mar, rebotaba en las inmaculadas paredes blancas y proyectaba un chorro de luz constante. Sin embargo, Yoko sintió que esa sombra que acababa de nacer crecía, se extendía poco a poco por todo el lugar y llegaba a ocupar la playa pese a la luminosidad y el calor que ésta tenía.

En el sueño parecía verano porque, a pesar de que Yoko iba cubierta de la cabeza a los pies, Satokichi caminaba por la orilla de la piscina vestido sólo con un bañador. Su cuerpo

atlético, fruto de muchos años de práctica del tenis, comenzó a alejarse dándole la espalda a Yoko. Considerando que cuando se distanciaba de ella sus pasos resultaban alegres, el rostro que había mostrado momentos antes podía entenderse como un gesto de rechazo, como una señal que le indicaba a Yoko que era un estorbo. No había nadie alrededor. La piscina estaba vacía. Tras la sucesión de días calurosos de los últimos tiempos era posible que el agua se hubiera evaporado del todo. En el fondo de la piscina había adherido algo parecido a limo, un sedimento que había formado una capa con el agua y, al evaporarse, se había convertido en una costra seca y crujiente plagada de grietas. Yoko colocó la mano sobre los ojos, como haciendo una visera, para protegerlos de la luz. Como todo lo que había en torno a ella brillaba tanto que deslumbraba, Yoko intentó mirar bajo esa visera para poder ver. Satokichi continuó su camino, descendió a la piscina por la escalera metálica y, al llegar al fondo, siguió andando sobre el cemento, alejándose más de ella. De un modo extraño, al final de la piscina, en la pared, había cinco duchas alineadas y separadas entre sí por un espacio idéntico. Sólo de una de ellas, de la del centro, el agua brotaba y manaba como si fuera una cascada blanca. Yoko imaginó que Satokichi se dirigía allí para darse una ducha y lo observó avanzar. Entonces, desde el interior de esa cascada blanca emergió un seductor brazo femenino, desnudo, y atrajo a Satokichi. Como si estuviera impaciente por el acercamiento lento del hombre, el brazo salió aún más. Cuando hizo ese movimiento, Yoko pudo observar la figura de la mujer cuyo brazo acababa de aparecer. Su corazón emitió un intenso y contundente latido. La mujer era Haruyo, la hermana mayor de Satokichi. Llevaba un bañador azul marino que hacía destacar su piel blanca. Yoko no podía ver con claridad a Haruyo en la distancia, pero sí pudo percibir que sonreía a Satokichi y que esa sonrisa emitía un resplandor semejante

al *flash* de una cámara de fotos. En el límite de su campo de visión, Yoko observó, pasmada, cómo Haruyo atraía a Satokichi al interior de la cascada blanca y cómo desaparecían juntos en ella.

La luz de verano junto a la orilla del mar es siempre excesivamente brillante. Sin embargo, en el interior de esa luz excesivamente brillante resplandecen innumerables moléculas de oscuridad. Si se contemplan únicamente esas motas oscuras, el entorno se oscurece poco a poco y la densidad de las tinieblas se extiende. Aun así, qué cegador resulta.

Yoko colocó su mano sobre los ojos y miró fijamente al lugar en el que había sucedido aquello que acababa de ver.

«¿Por qué he tenido este sueño?», fue lo que pensó una y otra vez tras despertar.

Mientras meditaba sobre eso, recordó que, tiempo atrás, había tenido otro sueño en el que aparecían Haruyo y Satokichi. No recordaba nada de aquel sueño. Lo único que tenía claro era que la mujer que acompañaba a Satokichi era Haruyo. Si no recordaba aquel sueño y el olvido se lo había llevado, se debía a que entonces no le había dado demasiada importancia, pero ahora le resultaba incomprensible que hubiera soñado dos veces con Haruyo y Satokichi juntos. Durante los tres años de su vida como mujer casada Yoko nunca había sospechado de esa clase de cosas, es decir, no desconfiaba de la relación que pudiera tener Satokichi con otras mujeres. Satokichi era en sí mismo un hombre amable y su comportamiento era el de un marido atento en todos los aspectos. ¿Acaso esa excesiva amabilidad podía entenderse como una especie de máscara bajo la cual ocultar la realidad?

Tumbada en la cama boca arriba, Yoko daba vueltas una y otra vez a ese pensamiento. Los pasos de alguien que caminaba por el pasillo de hormigón, al otro lado de la pared, sonaron con regularidad. Yoko utilizaba como dormitorio

la habitación situada en la parte norte del piso. Tras el fallecimiento de Satokichi se acostumbró a levantarse tarde cada mañana, y como dormía pegada al pasillo podía escuchar, justo detrás de su cabeza, cada uno de los pasos de quienes caminaban por él. En mañanas como ésta, cuando estaba abstraída en sus pensamientos, sentía como si la gente zapateara sobre lo más íntimo de las obsesiones que le nacían dentro de la cabeza y, desde ella, se extendieran como rayos al mundo exterior.

Yoko miró el reloj; faltaban unos minutos para las nueve. Dejó el dormitorio oscuro que sólo tenía una pequeña ventana, entró en el comedor que daba al sur y abrió la cortina. Los rayos de sol, cuya intensidad había aumentado por la cercanía de la primavera, bailaban sobre las hojas de las plantas ornamentales del balcón. En la azotea del edificio contiguo ondeaban las ropas blancas de la colada que las amas de casa madrugadoras habían tendido, y esa blancura que reflejaba el sol de la mañana se clavó en los ojos de Yoko.

Más que la intensidad de los rayos de sol, lo que percibía desde el interior de sí era la presencia sofocante de la luz a la orilla del mar, en pleno verano, que emanaba de su sueño y permanecía en ella. Sentía como si estuviera allí, de pie ante esa orilla del mar en mitad del verano, y allí recordara las plantas del balcón de su piso y la colada tendida de las vecinas bajo el sol de primavera.

Yoko deseó regresar lo antes posible a su rutina diaria y dio unos pasos en el comedor; sin embargo, estos pasos y el acto de asearse, que llevaría a cabo cuando esos pasos finalizaran en el cuarto de baño, le parecieron algo falso. «¿Habría algo, ahora mismo, que no resultara falso?», pensó Yoko al detenerse, de pronto, junto a la mesa del comedor.

¿Por qué habían aparecido de aquella manera Satokichi y su hermana, Haruyo, en el sueño? En el sueño, todo lo que rodeaba a ambos destilaba una sensación sensual, voluptuosa. Como si todo estuviera envuelto por algo incandescente,

algo que podía arder al tocarse, y en cuyo interior ambos habían penetrado.

Yoko contemplaba al mismo tiempo esa escena y el teléfono que descansaba en la mesa. Llevaba la vista consecutivamente de un lugar al otro, del teléfono a la piscina cercana a la playa. Sentía como si tanto la escena de verano como el objeto que se encontraba ante ella se encontraran en el mismo plano.

Yoko cogió el teléfono. Sintió que, dada su condición en ese momento, ese acto era el único que podía hacer que no le resultara falso. El tiempo que se demoró en buscar en la agenda con la mano derecha no le había parecido muy largo; sin embargo, el trrr trrr de advertencia que se activaba cuando transcurría un rato con el teléfono descolgado sin que nadie marcara, comenzó a sonar. Yoko colgó. Pero ese sonido, trrr trrr, parecía continuar como si le advirtiera de algo. ¿De qué le advertía? Puede que le dijera «marca inmediatamente»; puede, más bien, que le ordenara «deja de hacer tonterías».

Por fin Yoko encontró el número y finalmente, casi sin querer, lo marcó.

El tono de la llamada sonó durante un buen rato. Eran cerca de las nueve, pero tal vez ya hubieran salido de casa. Yoko esperó con paciencia.

—¿Diga? —contestó una voz aguda, apagada por el sonido de una respiración ahogada.

—¿Cuñada? ¿Es mi cuñada? —dijo Yoko, pues no estaba segura de a quién pertenecía esa voz.

—Ahora no puede ponerse. Ha llamado a un taxi y nos está esperando a la entrada de casa. Yo he entrado porque he oído el teléfono —dijo la niña, que iba a la guardería. Parecía que hoy no iba a ir.

—Pensaba ir a visitar hoy a tu madre. Soy Yoko. Dale el recado.

«¿Qué pretende hacer esta mujer cuando encuentre a Haruyo?», se preguntó Yoko al analizar su propia actitud. De todas formas, tenía que hacerlo. El aire de aquel sueño continuaba presente; la necesidad de encontrarse con Haruyo se había impuesto como una corriente eléctrica que hubiera surgido del sueño, a pesar de que Yoko ya se había despertado y estaba allí, de pie, hablando por teléfono.

—No estará en casa durante el día. Venga por la noche —contestó la niña precoz con un tono idéntico al de Haruyo.

—¿Adónde va a ir tu madre? —le preguntó. Yoko imaginó que el destino de Haruyo era aquel hotel de vacaciones con una piscina junto al mar.

—Vamos a ir todos a casa de la abuela. ¡Hasta luego! Nos espera el taxi —dijo la niña y colgó bruscamente el teléfono.

Ese tono como de rechazo, pese a que partiera de una niña que lo había hecho sin segundas intenciones, intranquilizó aún más a Yoko.

Tras la llamada se aseó y tomó el desayuno.

«Ya está. Yo también voy», se le ocurrió a Yoko. Haruyo y los niños se dirigían en ese momento a la casa en la que vivía, sola, la madre de Satokichi. Hacía diez meses que Satokichi había fallecido y, desde entonces, los gastos se habían convertido en un motivo de preocupación. Para Yoko era el momento de tomar una decisión sobre su futuro. Había pensado en consultar a su suegra sobre la posibilidad de recuperar su apellido de soltera y volver a trabajar.

Pensó que lo primero que haría sería pasar por los grandes almacenes para comprar un detalle, y luego, después del mediodía, iría a la casa. Como solía actuar por impulso cuando se le ocurría algo, de pronto se cambió de ropa. Cerró la ventana y corrió la cortina. De pie en la entrada contempló la habitación. Bajo la luz suave y regular que se filtraba a través de la cortina delgada, los muebles parecían flotar lánguidamente en el cuarto. Como sólo había estado

casada tres años, la casa no se había llenado de muebles ni objetos decorativos, y las cosas aún no se habían oscurecido. Apenas habían pasado tres años por el equipo de música, la mesa y las sillas del comedor, el armario, el aparador, el espejo y los marcos y, en cierta forma, aún no parecían reales del todo.

—No parecen reales —dijo Yoko en voz baja.

En ese momento Satokichi, en quien siempre había confiado, comenzó a parecerle de algún modo irreal. Eso se debía a que el sueño y cada uno de sus elementos resultaban verdaderos. El otro sueño, el que había tenido tiempo atrás, también apuntalaba esa idea.

Yoko salió de casa.

Ante ella, la luminosidad de primavera comenzaba a llenarlo todo con su esplendor. Los destellos de luz parecían flotar entre el viento y traían la típica sensación liberadora de los primeros días de abril. Pero la Yoko de hoy se negaba a ajustarse a ese sentimiento que ofrecía el aire.

¿Qué había sido esa felicidad que, había creído con certeza, disfrutó durante el tiempo que vivió con Satokichi?, pensó Yoko. Quien organizaba todo, hasta el más mínimo detalle, era Satokichi; él le sacaba seis años. Si hubiera existido algo falso en esa felicidad, habría salido a la luz en algún momento. Todos los recuerdos que había dejado a lo largo de esos tres años eran perfectos momentos de color rosa. Luego Satokichi falleció de repente, así que ya resultaba imposible averiguar la cualidad de esa felicidad.

En los grandes almacenes, Yoko compró unos dulces tradicionales para su suegra y almorzó temprano. El aura del sueño le perseguía con insistencia, sin diluirse. Sabía, por experiencia, que la persecución a la que la sometía un sueño sólo duraba un día. Era la primera vez que tenía un sueño como el de esa noche, pero había tenido docenas de veces sueños absurdos que le habían perseguido un día entero y,

pese a que fueran inverosímiles, creaban una sensación de realidad. Esa sensación duraba todo el día; sin embargo, al día siguiente, la persecución se desvanecía sin dejar rastro. Que el límite temporal se circunscribiera a un día constituía un misterio para Yoko. En cualquier caso, si aguantaba un día, el sueño acabaría desapareciendo. No obstante, sintió que, antes de que desapareciera, tenía que ver a Haruyo a toda costa porque deseaba descubrir alguna cosa desconocida de Satokichi, y esa conversación podría darle alguna pista.

Caminaba delante de un cine; junto a la entrada había un cartel publicitario colgado, un anuncio pintado con colores brillantes. De inmediato, Yoko desvió la mirada y la posó en él. El cartel mostraba el cuerpo de un hombre inclinado hacia delante cuya cara representaba el preciso instante del sufrimiento. De la frente y la boca le manaba sangre fresca; tras él, de pie, había otro hombre; abría los brazos con un gesto expresivo, y su rostro, morado, reflejaba aturdimiento o miedo. Sería parte de una secuencia de la película, una historia de crímenes en la que alguien disparaba al hombre que caía.

Yoko solía ir al cine con Satokichi y prefería ver este tipo de películas del género negro, pero desde que él había fallecido en un accidente de tráfico era incapaz de ver cualquier cosa en la que apareciera sangre. Yoko no había presenciado el accidente. Cuando volvió a ver a Satokichi tras el accidente, ya lo habían limpiado, aunque las heridas estaban marcadas en esa cara pálida que semejaba una figura de cera. Sin pretenderlo, cuando Yoko lo vio, imaginó lo que no habría soportado ver. Además, se le habían roto todos los huesos de los diez dedos de las manos, de forma que ni siquiera pudieron cerrárselas juntas en un gesto de oración.

Para alcanzar desde Tokio la pequeña ciudad en la que vivía su suegra era preciso ir en tren, y ese trayecto llevaba

cerca de una hora. Durante el viaje, Yoko no pudo pensar en nada que no fuera Satokichi.

Recordó cómo eran las facciones de su marido. Daba la impresión de que en esos rasgos se encontraba el rastro de una herencia occidental. Probablemente esa sensación la producía la marcada definición de los rasgos cóncavos y convexos de su rostro, su nariz alta y la prominente cuenca de los ojos, junto a la proporción inusual entre el tamaño de la cabeza y del resto del cuerpo. Su piel, sin embargo, era algo más oscura que la de los occidentales, de forma que el conjunto hacía pensar en un origen algo más oriental, donde Occidente se acercaba a Oriente. Con frecuencia, la gente le comentaba con guasa lo curioso de su apariencia. Satokichi trabajaba en una sociedad mercantil, y la peculiar forma de tratar a los demás, llena de cortesía, que cultivaban los que se dedicaban a ese negocio, afectaba hasta a su relación con Yoko. Aparentemente era un marido perfecto, alguien a quien no se le podían encontrar defectos.

¿Había sido esta actitud una máscara? Eso es lo que continuó pensando Yoko.

¿Por qué, de repente, habían aparecido Satokichi y su hermana, Haruyo, para quebrar violentamente el recuerdo feliz, semejante a un cuadro, que guardaba Yoko?

Yoko bajó del tren y subió al autobús. Si contaba el tiempo total del viaje, desde la puerta de su apartamento hasta la casa de su suegra, sumaría en torno a dos horas. Miró la hora y vio que ya era casi la una de la tarde. Una buena hora para ir de visita. Bajó del autobús. El aire lleno de polvo y el gas que salía de los tubos de escape se le pegaba a la cara algo sudada, igual que en la ciudad. Sin embargo, apenas se desvió un poco del camino principal sintió el aire puro penetrar en sus pulmones hasta el fondo, como agua transparente. En ese aire podía percibirse un aroma de flores.

Yoko echó la vista al frente. Delante de ella había una casa grande rodeada por una cerca de madera sin tratar y

un cerezo en el esplendor de su floración. Al respirar con fuerza ese aroma sintió como si su propio cuerpo se fuera tiñendo del color de las flores del cerezo.

Al continuar andando vio, a la derecha, el colegio de primaria. Lo habían derribado para reformarlo o había ardiendo, porque ni el edificio de madera ni el pabellón deportivo que había visto en otras ocasiones estaban en pie y sólo se veía la estructura de hierro. Parecía que los obreros se habían tomado el día de descanso; las clases se darían en otro lugar, así que todo el complejo escolar, en absoluto silencio, brillaba bajo una luminosidad propia de un espejismo.

En casa de la suegra, el candado de la cancela y la cerradura de la puerta siempre estaban echados. Después de tocar el timbre una y otra vez, Yoko pudo oír, al fondo de la casa de estilo japonés tradicional, una voz como si fuera de un pájaro, seguida por unos pasos rápidos y enérgicos que retumbaban en el pasillo y no se correspondían con los de una anciana de 71 años. Tras esos sonidos, Yoko escuchó el ruido de la llave al girar en la cerradura de la puerta. Habitualmente, justo después de ese sonido aparecía el cabello blanco de su suegra, que con una voz exageradamente amable le decía «Oh, oh» y luego abría la cancela. Ésa era la sucesión normal de acontecimientos cuando Yoko la visitaba, pero como hoy habían ido Haruyo y sus hijos, su suegra no tenía que preocuparse por los ladrones, de modo que Yoko pudo traspasar tranquilamente la cancela y cruzar el umbral de la puerta.

—Sí, sí. Repetirlo una vez más —resonó la voz aguda, llena de excitación, de su suegra.

Yoko cruzó el pasillo que desembocaba en la cara sur de la vivienda. Todo se encontraba inmerso en la luz de un espejismo, y el olor del sol se concentraba en ese espacio luminoso.